

búsqueda de oro sería la explicación más obvia de los conflictos con los grupos del valle del Magdalena²⁸. Y en lo que se refiere a la guerra entre comunidades muisca, el control de mano de obra, o el deseo de anexar tierras habrían sido las motivaciones principales para ir a la guerra, además, por supuesto, del talante autoritario de los caciques más importantes.

En cierto sentido, la violencia en el antiguo territorio muisca habría ocupado un lugar distinto. En muchas partes del país, los españoles describieron sociedades que vivían en permanente guerra de exterminio. El objetivo de la guerra entre sociedades habría sido aniquilar al contrincante, quitarle el oro y, si se daba la ocasión, comerlo. Era un encuentro terrible, que daba miedo al español. Ese no fue el caso de los muisca: entre ellos la guerra estaba sujeta a los designios de sus fríos y ambiciosos caciques, pero al mismo tiempo parecía menos sanguinaria, excepto cuando se trató de despojar a los caciques locales de su poder. Fray Pedro de Aguado lo expresó elocuentemente cuando afirmó que el territorio muisca:

[...] desde su antigüedad y principio siempre fue poseída de particulares caciques que por pueblos o valles tenían sujetos así a los naturales [...] después de lo cual fueron creciendo por vía tiránica las fuerzas de dos [...] caciques y principales [...] llamados Tunja y Bogotá [...]²⁹

O cuando recordó lo que les sucedía a los antiguos caciques que iban perdiendo la independencia.

[...] cuyas cabezas el tirano Tunja quitaba, y con crueldad [...] castigaba a los demás súbditos [...] ahorcando y cortado pies y manos y narices

28 Fray Pedro Simón, 1981, 3: 403.

29 Fray Pedro de Aguado, 1956, 1: 259.

y orejas [...] y forzó a los que dende en adelante sucedieron en los cacicazgos y señoríos a que fuesen sujetos y tributarios [...]³⁰

Para examinar estas ideas, comienzo por referirme al enfrentamiento entre los muiscas y los conquistadores y lo que podemos aprender de él. Lo primero que llama la atención es que los muiscas no parecen haber sido muy efectivos a la hora de meter miedo a los españoles. Por un lado, sus armas eran bastante menos atemorizantes que las de sus vecinos; apenas usaban tiraderas que arrojaban dardos sin el terrible veneno que se usaba en otras partes, además de macanas y lanzas. Más importante aún: no los amenazaron con comerlos, ni con sacrificarlos. Por otro lado, es necesario referirse al carácter taimado que los españoles les atribuyeron. Al muy poco tiempo de llegar a los Andes orientales, los propios españoles descartaron que los muiscas fueran caníbales, aunque se trataba de una acusación útil para justificar la guerra contra ellos. Era, más bien, gente "poco belicosa", algo tímida y hasta cobarde, no obstante pudiera poner en pie ejércitos enormes. Los españoles calcularon que Bogotá, por ejemplo, podía llevar al campo de batalla a unos sesenta mil hombres y Tunja a unos cuarenta mil, probablemente una exageración. Pero aun cuando no se dude de esos números, poner mucha gente en el campo de batalla no fue demasiado útil para los indios.

De todas maneras, la experiencia de la conquista fue bastante más llevadera para los conquistadores que en otras partes. Las huestes indígenas atacaron a los españoles, pero, aunque numerosas en comparación con los poco menos de 200 conquistadores, poco pudieron hacer frente a ellos³¹. La narración del primer combate entre españoles y muiscas, ocurrido cerca a Zipaquirá, es bastante diciente. Al principio, los primeros días de contacto entre unos y otros, los

30 Fray Pedro de Aguado, 1956, 1: 408.

31 Ramos, 1972: 292.

indios eran tan tímidos que no osaban sostener la mirada a los recién llegados. Cuando finalmente los enfrentaron con un crecido número de combatientes, y según los españoles atacándolos por la espalda, el resultado fue que tras una breve lucha los indios salieron corriendo despavoridos³². Más adelante, desatada la guerra abierta entre indios y españoles, estos últimos confirmaron su molestia, más que por las muertes que los indios podían causar o el miedo que producían, por el cansancio que generaba su constante gritería y acoso, día y noche³³.

Juan Rodríguez Freyle ofreció en 1636 un testimonio de una guerra entre Bogotá y Tunja antes de la llegada de los españoles. Supuestamente el evento fue referido a Rodríguez por el sobrino del antiguo cacique de Guatavita que encontraron los conquistadores. Llama la atención las ceremonias que precedían al combate, las cuales parecerían indicar una forma bastante caballeresca de lidiar con el enemigo. Cuenta el cronista que:

[...] la primera ceremonia que hicieron fue salir de ambos campos muy largo corro de hombres y mujeres danzando con sus instrumentos músicos, y como si entre ellos no hubiese rencor o rastro de guerra [...] con mucha fiesta y regocijo se mostraron los unos a los otros convidándose, comiendo y bebiendo juntos en grandes borracheras que hicieron, y que duraron el día y la noche, y el que más incestos y fornicaciones hacía, era más santo [...] Por 3 días continuos duró la fiesta y borracheras, y al cuarto se juntaron los jeques y mohanés, y acordaron que al siguiente día se comenzase a correr la tierra que era la mayor ceremonia y sacrificio que hacían a sus dioses.³⁴

32 Galvis, 1957: 334.

33 Galvis, 1957: 335.

34 Juan Rodríguez Freyle, 1984: 27.

Finalmente, al inicio del combate se encontraron las huestes de los dos caciques,

[...] con mucha vocería, trompetas, gaitas y fotutos que demostraban cómo el campo de Guatavita era el primero que había salido a la fiesta, con lo cual en el campo de Bogotá no quedó hombre con hombre, porque salieron con gran prisa a ganar los puestos que les tocaban, y estaban repartidos por los jeques y mohanes.

El combate lo ganó Bogotá, aprovechando la forma de hacer la guerra tan peculiar que se había planteado. Una guerra en la cual los adversarios compartieron festejos y en el que Guatavita anunció su ataque ruidosamente, eliminando cualquier elemento sorpresa. La mirada que da Rodríguez al asunto es de repudio, pues Bogotá habría roto los más elementales protocolos de la guerra.

Pero eso no es lo importante: en su momento la propia batalla que presentó Bogotá a los españoles también fue señalada de torpe. En efecto, la conquista del territorio muisca enfrentó lógicas de guerra que a los españoles les costó mucho trabajo entender. Para los muiscas la guerra tenía un contenido simbólico. En primer lugar, como demuestran las anteriores citas, no la emprendían sin festejos y ceremonias de adivinación. En segundo lugar, peleaban agrupados por capitanías, respetando juiciosamente el orden social³⁵, y además llevaban numerosas momias cargadas en andas, que los españoles identificaron como destacados y antiguos guerreros. Los caciques más importantes, siguiendo su etiqueta, no participaban directamente de la lucha, sino que la observaban a lo lejos, sostenidos en andas. De hecho, los españoles encontraron curioso, y evidencia del talante

35 Fray Lucas Fernández de Piedrahíta, 1: 100, 109.

tramposo de los indios, que los caciques enviaran gente disfrazada como si fueran caciques para negociar³⁶.

Pero lo más importante es que el combate era muy diferente al que los españoles conocían: los muiscas peleaban dando grandes voces y alaridos, y con santillos colgados al cuello, cosa que fue muy bienvenida por parte de los recién llegados, cuyos manuales de guerra enseñaban en cambio el valor del sigilo. En estos manuales los conquistadores admitieron que la forma menos dañina como los indios les daban la guerra fue la *guasábara*, es decir la convocatoria a enormes grupos de indios, los cuales se pintaban y adornaban con pieles de felino y adornos de oro, cuentas de hueso, y brazaletes para atacar a los españoles de forma bulliciosa. Una descripción fabulosa de esta clase de ataque la resume Bernardo de Vargas Machuca. La transcribo porque, aunque no hay certeza de que se refiera a los muiscas, deja en claro lo que los españoles llamaron *guasábara*:

[...] *guasavara*, para la cual se junta toda la tierra y de tal manera que los enemigos se hacen amigos, para aquel día, o la mayor parte, aunque tengan declaradas sus guerras para contrastar los nuestros [...] y los que dan la *guasavara* aquel día, echan sus gallardetes con mucha y varia plumería, muy pintados el cuerpo y cara de colorado, amarillo y negro, con sus colas de animales colgadas de la cintura y en la frente. Los capitanes se ponen manos de tigre y leones y la misma cabeza de león desollada a modo de montera, echando todo el oro que tienen de joyas encima: en los pechos, patenas y águilas; en la cintura un cinto de cuentas de hueso y de oro; en la nariz cuelgan caricuerías y en las orejas, orejeras a modo de zarcillos, más son grandes de diversas maneras; en las muñecas sus brazaletes y al pescuezo cuentas de hueso y de oro. Vienen en cuerpos y cabellos largos y trenzados y los que lo traen cortados son los mejores guerreros. Y para ese día

36 Fray Pedro de Aguado, 1956, 1: 310.

particularmente se emborrachan, aunque ellos siempre lo están [...] Vienen haciendo mil ademanos y matachies, y acabada la borrachera se acaba la guazabara, y como no quede por ellos el campo, se retiran o huyen sin orden [...]³⁷

¡Era un magnífico espectáculo que los españoles agradecieron! En especial que los líderes de guerra enemigos fueran tan fáciles de identificar y que los indígenas presentaran un orden de batalla tan peculiar. La batalla entre los castellanos y Duitama da una idea de la lógica indígena y lo ineficaz que resultó para los indios. Cuando los españoles llegaron a Paipa dicen que encontraron cerca de 10 000 guerreros muiscas “encrespados los penachos de bellas plumas de guacamayas y papagayos, fundados muchos de ellos en anchas cintas de fino oro, engastadas a trecho lucidas esmeraldas, brazaletes y corales de finas cuentas con canutillos de oro a trechos: insignias con que se diferenciaban de los demás la nobleza, que juntos a bulto, era agrado verlos”. Obvio, para deleite de los europeos, el cacique de Duitama y los indios más importantes fueron fáciles de identificar por sus espectaculares adornos. Igual debió ocurrir en la Sabana de Bogotá, donde los *uzzaques*, o “nobles”, con todas sus insignias y distinciones, lideraban la batalla. En segundo lugar, volviendo al caso de Duitama, tan pronto hubo muertos, “dándose por vencidos” los indígenas huyeron. La única víctima entre los españoles fue un indio que les había servido de guía, y que por codicia había tomado “el penacho e insignias de un indio muerto” y terminó siendo asesinado por los propios españoles que lo confundieron con un importante cabecilla del enemigo³⁸.

No solo la lógica de la batalla era muy distinta: toda la racionalidad del conflicto estaba mediada por señales que no daban cuenta de

37 Bernardo de Vargas Machuca, 2003: 180.

38 Fray Pedro Simón, 1981, 3: 266.

la naturaleza que el conflicto tenía para el conquistador. Por ejemplo, una vez derrotadas las huestes de Bogotá, los indígenas aparecieron en el campamento español colmando a los soldados de comida, oro y otros regalos. Tanto, aseguran las fuentes, que hubo días en que a cada uno de ellos le correspondió un venado completo³⁹. Por supuesto, estos regalos —especialmente el oro— fueron el aliciente para que los españoles continuaran la conquista y el saqueo. Y aquí es donde se comprende que la guerra, más que un asunto económico, era un tema político, un asunto que entraba más en el campo de las relaciones sociales, donde se podía alternar lo violento con el apaciguamiento, con la negociación. Y sin duda era un tema de prestigio: mientras los caciques más importantes no participaban en la pelea, había quienes tenían como objetivo adquirir las insignias de prestigio de otras personas, como lo dejó patente el indígena aliado de los españoles en la batalla contra Duitama.

Según la versión clásica de los cronistas, por supuesto, la guerra entre los muiscas era mucho más que eso. Era, como se mencionó, el mecanismo mediante el cual los grandes caciques afianzaron su proceso de expansión territorial. Así era en el caso de los reinos europeos y a sus ojos no podía suceder nada muy diferente entre los “reyes” muiscas. Dejo el caso de las batallas con los españoles y paso a examinar otras evidencias. Algunas de ellas se refieren a cómo se manejaba el conflicto con los pueblos no chibchas de las vertientes occidentales de los Andes, es decir contra los panches. En ese caso es claro que la guerra era cruel, de lado y lado. Los capitanes Lebrija y San Martín refieren que los muiscas tomaban las cabezas de los panches para exhibirlas en adoratorios o los sacrificaban al sol⁴⁰. Según otras fuentes, también tomaban su oro⁴¹. Los panches,

39 Fray Pedro Simón, 1981, 3: 183.

40 Galvis, 1957: 343.

41 Fray Pedro Simón, 1981, 3: 403.

a su vez, mataban y comían a sus prisioneros, además de poner a la vista sus cráneos como trofeos, y beber su sangre. Al leer las fuentes parece que, en la guerra contra esas gentes, los muiscas en serio querían dar miedo. Por ejemplo, según fray Pedro Simón describe a los *guchas*, encargados de luchar contra ellos, en vez de guerreros que ostentaban orgullosamente sus trajes e insignias de poder, eran “hombres de grandes cuerpos, valientes, sueltos, determinados y vigilantes”, quienes usaban el cabello trasquilado, tenían horadadas las narices y los labios, y de cuyas orejas colgaban canutillos de oro que se ponían a medida que mataban panches⁴².

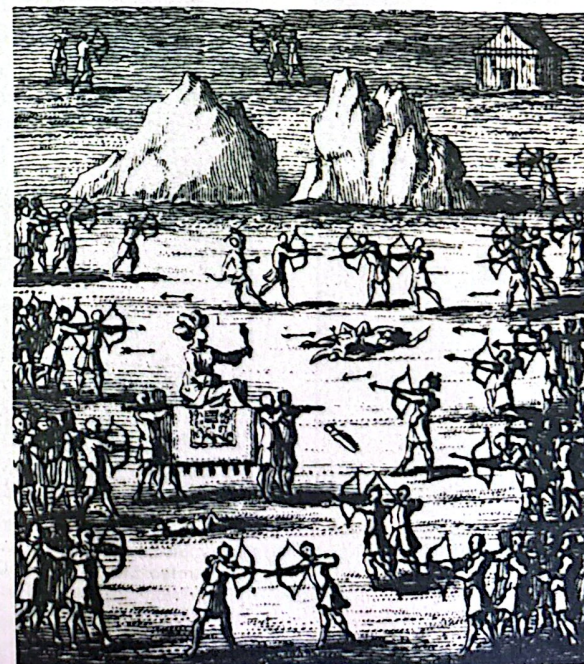
El caso de la guerra interna, aparte de lo que los cronistas mencionaron, es poco conocido. Sin embargo, no hay dato alguno que confirme su interpretación sobre la naturaleza del conflicto muisca. Incluso hay algunos documentos que ponen en duda que la naturaleza de la guerra, antes de la conquista, obedeciera a la lógica que los españoles quisieron asignarle. Michael Francis destaca que en los legajos coloniales no hay apoyo a la idea de constantes, prolongadas y sangrientas guerras entre los grandes caciques muiscas como parte de proyectos de expansión territorial. Los documentos simplemente no mencionan nada que apoye esas empresas militares que, según los cronistas, existieron. No conozco una sola mención de que después de la conquista alguna comunidad hubiera protestado por un cacique impuesto por voluntad de Tunja, Sogamoso, Duitama o Bogotá. Lo que se puede reconstruir es lo siguiente: la guerra era un asunto ceremonial, relacionado con el reconocimiento y la competencia. Por ejemplo, el cacique de Sáchica afirmó ante los españoles que “el mando y señorío de los caciques era ser obedecidos en cuanto mandaban, así en cosas de guerra como de paz”⁴³, información que ratifica fray Pedro de Aguado cuando afirma que uno de los servicios

42 Fray Pedro Simón, 1981: 3. 213.

43 AGN Vis.Boy 18 f 710v, en Londoño, 1983: s. p.



Cacique de Bogotá, según ilustración en la obra de Lucas Fernández de Piedrahíta.



Batalla prehispánica entre Bogotá y Tunja, ilustrada en la obra de Lucas Fernández de Piedra



Probable representación de un guerrero guanche. Museo del Oro. 006365.
Fotografía Clark M. Rodríguez.



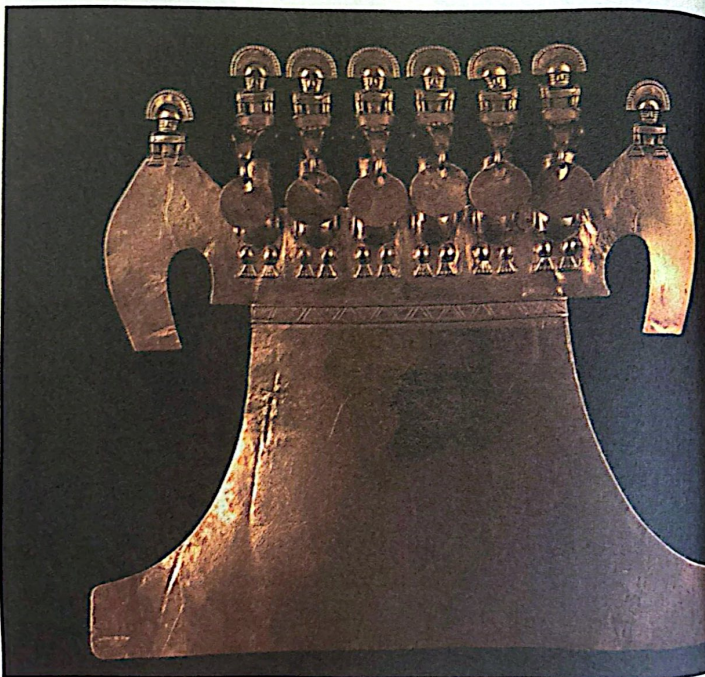
Probable representación de un guerrero muisca, con arco, flechas y cabeza trofeo. Museo del Oro. 000296.
Fotografía Clark M. Rodríguez.



Probable representación de un guerrero muisca. Museo del Oro. 003046.
Fotografía Clark M. Rodríguez.



Representación en cerámica de un caracol marino. Museo del Oro. C12911.
Fotografía Clark M. Rodríguez.



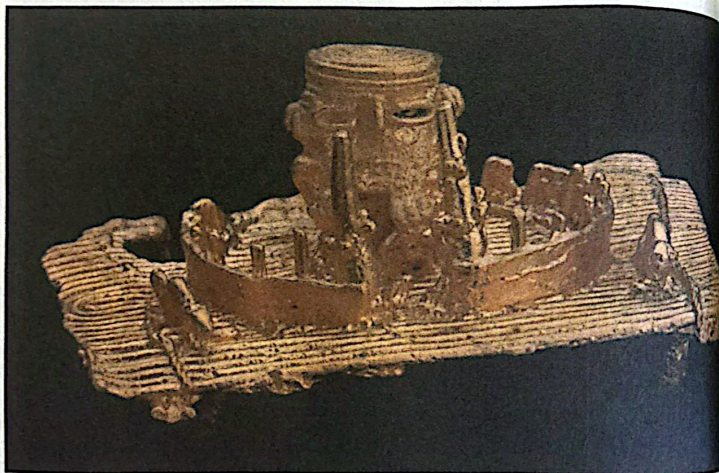
Pectoral. Museo del Oro. 001253A. Procedencia Guatavita.
Fotografía Clark M. Rodríguez.



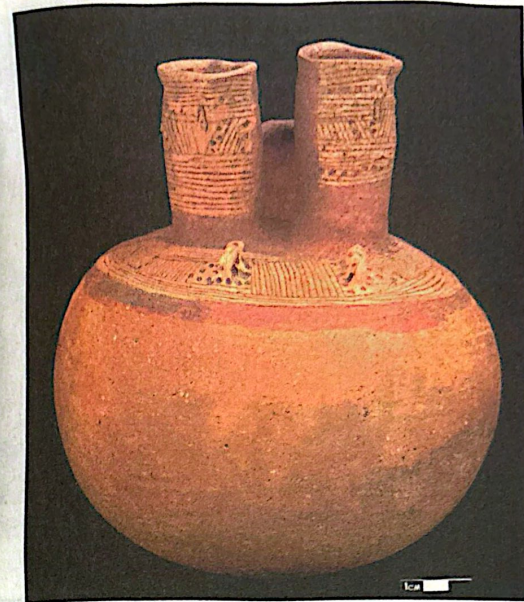
Representación de cercado. Museo del Oro. 032866.
Procedencia Carmen de Carupa.



Textil muisca. Museo del Oro. T00054.
Fotografía Clark M. Rodríguez.



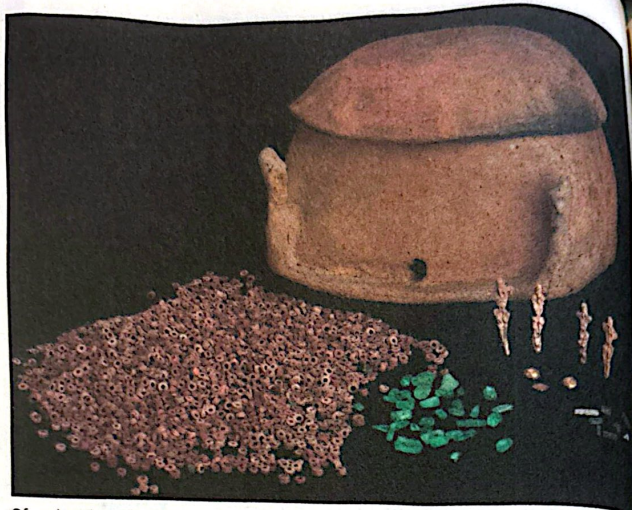
Representación de cercado. Museo del Oro. 00831902. Procedencia Cagua.
Fotografía Clark M. Rodríguez.



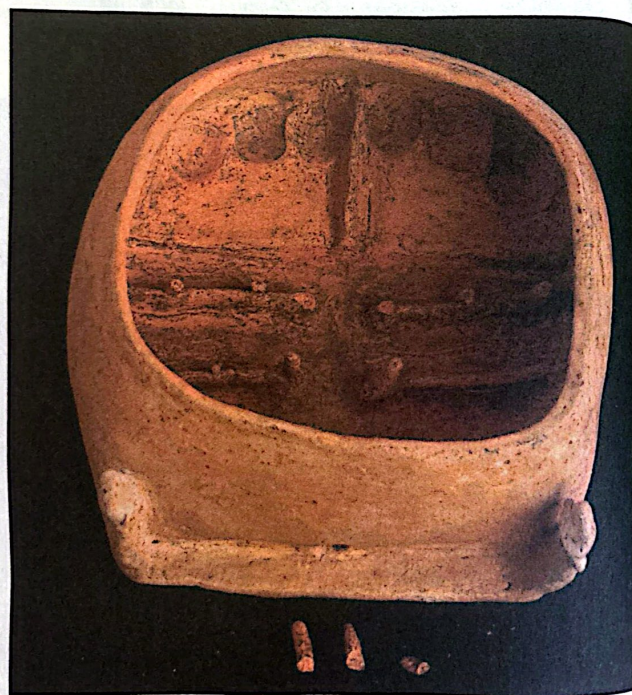
Jarra muisca con doble cuello. Museo del Oro. C13490R3.
Fotografía Clark M. Rodríguez.



Copa muisca. Museo del Oro. C02688.
Fotografía Clark M. Rodríguez.



Ofrendatario en forma de santuario. Museo del Oro. C13488I. Procedencia Tocancipa.
Fotografía Clark M. Rodríguez.



Interior de ofrendatario en forma de santuario. Museo del Oro. C13488G. Procedencia Tocancipa.
Fotografía Clark M. Rodríguez.



El Infiernito.
Fotografía Carl Henrik Langebaek.



Estructura circular de piedras en Tunja.
Foto Paz Quiróz



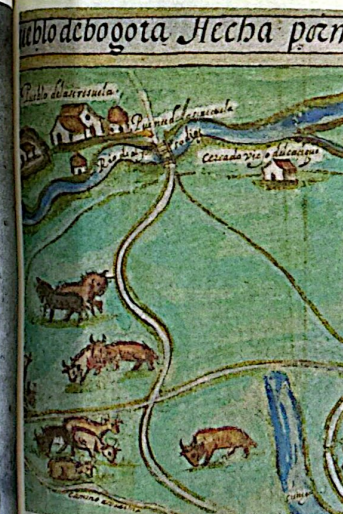
Sitio arqueológico de Madrid.
Cortesía de José Vicente Rodríguez



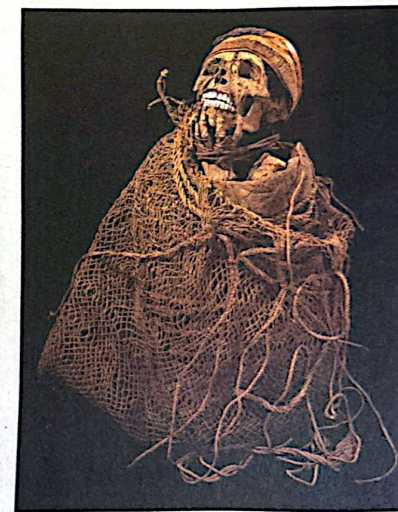
Plantas de vivienda y entierros en Tibanica.



Panorama de excavaciones en el sitio Nueva Esperanza.
Fuente EPM e Ingetec, S.A.



Pintura de las tierras, pantanos y anegadizos del pueblo de Bogotá. 1614. Nótese la casa que señala el "cercado viejo del cacique".
© Fernsalj



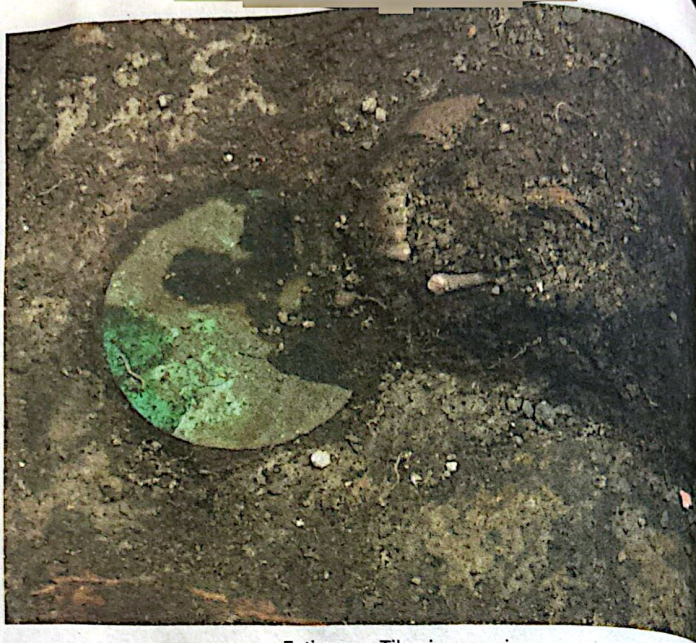
Momia muisca. Museo del Oro. D00009A.
Fotografía Clark M. Rodríguez.



Ofrenda en forma de momia. Museo del Oro. O2566. Procedencia Pisba.
Fotografía Clark M. Rodríguez.



Entierro en el sitio de Nueva Esperanza.
Fuente EPM e Ingetec, S.A.



Entierro en Tibanica con ajuar.



Porosidades en un craneo muisca. Tibanica.



Representación de una mujer en la orfebrería muisca. Museo del Oro. 033720.
Fotografía Clark M. Rodríguez.



Diente con evidencia de imperfecciones en el crecimiento. Tibanica.



Ofrendario muisca. Museo del Oro. C00493.
Fotografía Clark M. Rodríguez.

que prestaban los indios al cacique de Tunja era hacerle labranzas para alimentar a los guerreros que se enfrentaban a Bogotá⁴⁴. Aún después de la conquista algunos indios afirmaron a los españoles que daban mantas a sus caciques antes de ir a la guerra⁴⁵. Al parecer, ir a la guerra era un tema de honor puesto que muchas veces las comunidades muisca se enorgullecieron de ser vecinos de gente “valiente y principal”. No en vano la palabra usada para la guerra y para enemigo, *saba*, podría desprenderse de *sa* (admiración, miedo) y *ba* (merecedor, digno). Se iba a la guerra contra el contrincante digno, contra quien se podían medir las fuerzas. Ir a la guerra también era parte del ritual de ser adulto, o al menos eso sugiere un documento sobre Tinjacá en el cual se afirma que un indio se consideraba demasiado joven porque nunca había ido a la guerra, mientras un adulto orgullosamente exhibía su edad madura argumentando que “se había ceñido tres veces manta e iba a la guerra”⁴⁶.

Vale la pena aclarar que, cuando se mencionan conflictos entre comunidades muisca después de la conquista, el asunto principal parece haber sido el de acceso a tierras. Es un tema que puede confundir, pues, en algunos casos, probablemente son los encomendados los que parecen estar detrás del asunto. Un texto sobre guerras posteriores a la conquista entre Choachí y Fómeque indica que los indios entraron en conflicto por el control de unas tierras, aunque también se trataba de una oportunidad para forjar alianzas y definir lealtades. A veces los muisca se podían dar entre sí el trato que se les daba a los panches. Un capitán de Cáqueza, aliado con Ubaque y Choachí, declaró por ejemplo “que antes que viniesen los cristianos todos ellos peleaban con Guatavita y Fómeque y que cuando mataban algunos indios de Guatavita les que desta banda mataban llevaban

44 Fray Pedro de Aguado, 1956, 1: 407.

45 AGN C+I 29 f 145r, en Francis, 1997: 39.

46 AGN Enc 30 f 276v y 278r, en Langeback *et al.*, 2001: 33.

las cabezas [...] y los de Fómeque es desotra banda hacían lo mismo cuando mataban indios de Ubaque”⁴⁷.

La tierra, por cierto, se argumenta también como la razón para la expansión encabezada por Ramiriquí en el valle de Samacá, la cual expulsó a Sáchica, Moniquirá y Saquencipá de ese lugar poco antes de la conquista española. Como documenta Eduardo Londoño, las huestes de Ramiriquí y sus aliados desplazaron a dichas comunidades, pero en ningún momento aspiraron a someter a la gente y adquirir nuevos indios sujetos. Los perdedores en el conflicto simplemente se reacomodaron en otro lugar. En un tercer caso del cual se tiene noticia, ocurrió lo mismo: se trata de un conflicto entre Paipa y Soconsuca contra Tunja, también antes de la llegada de los españoles, en cuyo caso, un indio de Sotaquirá, la tierra en disputa, dijo que las tierras había sido antes de Paipa y “el señor de Tunja con su gente les había ido a hacer la guerra y les había quemado e despoblado y echado de allí”⁴⁸.

Pero el tema de la tierra despierta algunas preguntas. Lo que a la postre parece haber sucedido en caso de conflictos fue, o bien el desplazamiento de las comunidades derrotadas sin que se ganaran nuevos indios para conseguir tributos, o bien arreglos mutuos de convivencia. Un caso es el ya mencionado del conflicto entre Tunja y Paipa: el primero arrebató unas tierras al segundo, y marcó límites con los dominios de Duitama. Al parecer se conformó un espacio, relativamente desprovisto de ocupación permanente que sin embargo era aprovechado como coto de caza por indígenas de lado y lado. Al echar a los indios de Paipa, los de Ocuza y Sátiba lo tomaron. No obstante, los indios de Paipa y de Ocuza tenían relaciones amistosas y ambos sembraban la tierra. Uno de los testigos afirmó entonces que cuando los indios de Paipa querían sembrar, daban mantas de

47 AGN Enc 30 f 341v.

48 AGN Res. Boy 2 f 939v.

regalo a Ocuza y Sátiba “para que le dejasen cavar y sembrar” y que estos hacían lo propio cuando eran ellos quienes cultivaban”⁴⁹.

Esta es mi propuesta: la guerra entre los muiscas no era de exterminio. Ni seguía una lógica expansionista gracias a la cual los caciques adquirieran mano de obra o tierras que pudieran explotar a su antojo. La violencia estaba al servicio de la política, de la exhibición conspicua del valor de los guerreros y de las normas de etiqueta. La guerra estaba integrada dentro de la lógica política de la competencia política y no era el simple resultado de necesidades económicas, ni de la población en general, ni de las élites muiscas. Hizo parte de la negociación permanente por legitimar el puesto de cada quien, dentro y fuera de la comunidad.

EL INTERCAMBIO

Los españoles aseguraron que los indígenas negociaban como judíos. Esta no es una comparación que se pueda pasar por alto, puesto que en la sociedad española de la conquista existía un profundo sentimiento antisemita basado en la noción de que prácticas anticristianas, como prestar con usura, eran propias de esa comunidad. Aparte, claro, de que a los judíos se les acusaba de ser los responsables por la muerte de Cristo. Este punto de partida para discutir el intercambio entre los muiscas vuelve a poner de relieve los prejuicios a partir de los cuales los conquistadores entendieron —o más bien no entendieron— a la sociedad muisca. Sin embargo, las mismas fuentes españolas permiten poner en duda que el intercambio siguiera una razón de ser exclusivamente económica.

Lo primero que hay que anotar es que los conquistadores encontraron sorprendente que los muiscas celebraran mercados (*iepta* o

49 AGN Res Boy 2: 939v-40r, en Londoño, 1992: 10-1.